

En Argentina Recordarán por Mucho Tiempo los 25 Días que Conmovieron sus Inhibiciones

BUENOS AIRES, 27 de junio (AP)—Cuando hayan pasado algunos años, y quizá semanas de este mes de junio, como "los 25 días que conmovieron sus inhibiciones".

Claro, también el XI Campeonato Mundial de Fútbol fue la razón del inesperado cambio, o más que inesperado imposible de haberse sospechado siquiera unas pocas semanas antes del 10 de junio.

Ese día, en el estadio de River Plate y cuando el entonces campeón, Alemania Federal, se disponía a iniciar el certamen midiéndose con Polonia, se tuvo el primer indicio de algo que, 25 días después, estallaría desatada e incontinentemente desde la Quiaca a Ushuala, desde la última aldea de Los Andes hasta Buenos Aires. Y sobre todo, en Buenos Aires, como no podía ser de otro modo.

Es que el 10 de junio, de aquellos "25 millones de argentinos dispuestos a jugar el Mundial", no muchos creían en la capacidad organizativa de quienes prepararon todos los detalles, y menos aún en la garra, técnica e inteligente coordinación de que harían gala los futbolistas que en las postimerías del certamen iban a conquistar seis goles ante Perú, cuando hacían falta ineludiblemente cuatro y, cuatro días después, en 30 minutos de alargue que nadie podrá olvidar, dislocaron nada menos que al once holandés, la famosa "Naranja Mecánica" de 1974, un equipo dispuesto a borrar con lo que fuera menester aquella frustración de Munich.

Pero los que no creían empezaron a creer: millares de jovencitos, convertidos en ágiles atletas y armoniosos gimnastas por un entrenamiento tan estricto como secreto, desplegaron insospechadas habilidades sobre el césped: formaron palabras, lemas, saludos, armaron diagramas y banderas con sus cuerpos, y ofrecieron, en suma, un espectáculo que pasará a la historia de los Campeonatos Mundiales como el más atractivo y en-

tre las galas del 10 de junio y la euforia de los goles que permitieron a Argentina vencer a Holanda y hacerse de la Copa, mediaron muchas inquietudes, muchos nervios, y también muchas satisfacciones. Fueron los partidos contra Hungría y Francia, necesarios para clasificar, y el traspie ante Italia, que desplazó al seleccionado argentino de la ciudad capital.

Pero, en su nueva sede, el estadio de Rosario Central, nuevos aplausos, más aliento y revividos éxitos esperaban al equipo llamado a ser campeón: se venció a Polonia limpiamente, hubo un rudo empate sin goles con Brasil, antes de desembocar en la fiesta del 6-0 frente a los peruanos.

Y, mientras los muchachos de Menotti, sin dar ni pedir cuartel, iban sorteando obstáculos, el fervor se enseñoreaba de las casas y las calles. Mujeres que jamás se habían ocupado del fútbol, más aún, que tradicionalmente lo consideran enemigo de la tranquilidad hogareña porque se suele llevar los domingos a sus maridos al estadio, vieron literalmente pegadas al televisor para ver

las hazañas argentinas primero, y cualquier buen partido después. Llegaron todos los comentarios especializados, por radio o en los medios impresos de comunicación, y terminaron enarbolando banderas en las ventanas y las plazas, y golpeando frenéticas tapas de cacerola para sumarse al bullicio general.

Las inhibiciones empezaban a desmoronarse. Aquel tradicional temor al ridículo que caracterizaba a los argentinos hasta junio de 1978, definitivamente se resquebrajaba.

Se les empezó a ver después de los primeros éxitos: pero se multiplicaron en la noche del triunfo sobre Polonia. Y brotaron de todos los rincones, con banderas, estandartes, cartelones, exóticos gorros y sombreros, matracas, bombos, tambores y hasta simples tapas de los más ruidosos elementos con que cuenta la vajilla doméstica, cuando el seleccionado se aseguró un puesto en la final al vencer a Perú categóricamente.

Faltaba un solo impulso final para que aquellos escépticos 25 millones de unos pocos días an-

tes se despojaron totalmente de sus inhibiciones.

Y el impulso, más que impulso, mayúsculo empujón, fueron los tres goles de la victoria sobre el subcampeón de 1974. Cuando Kempes, en el primer tiempo, desniveló el 0-0, millares de ventanas se abrieron para que las banderas se agitaran y los gritos saltaran de casa en casa. Se atravesó la fría sorpresa del empate momentáneo de los holandeses, y por fin se abrieron todas las esclusas del entusiasmo con los goles rotundos y terminantes de Kempes y Bertoni, en los 30 minutos suplementarios.

Otra vez el espectáculo saltó a la calle: pero multiplicado. De nuevo aparecieron las señoras con costosos tapados de piel tocadas con ridículos sombreritos pintados de blanco y celeste; otra vez los serios gerentes de banco agitaron matracas y golpearon recipientes metálicos, mientras todos gritaban a coro el nombre de los goleadores, vitoreaban a la Selección y a Argentina, y se estremecieron cuando desde algún balcón se les reiteraban las grabaciones de los goles victoriosos, tal como habían sido transmitidos pocas horas antes por la radio.

Jamás se habían visto esos desplazamientos masivos en Argentina. Nunca hubo una demostración de alegría más espontánea y heterogénea. En un país hasta menos de un mes antes profundamente dividido por una brecha social que parecía infranqueable, todos los estratos parecían confundirse en un solo haz, entre gritos de alegría y ruidosas demostraciones de satisfacción por lo cumplido.

La etapa de las inhibiciones parecía superada la noche del 25 de junio, en Buenos Aires. Para muchos aquéllas no era sino la primera en una serie de futuras superaciones, no imposibles si se vieron convertidos en realidad aquellos sueños de triunfo de tan pocos y en tan breve tiempo.

EXCELSIOR

Temas del Día

VIDELA estaba inclinado sobre su escritorio cuando entró por el balcón el grito estridente de los estudiantes, salió, baja "Flaco", queremos saludarte, y Videla descendió y en la calle se confundió con la juventud argentina que celebraba la conquista del título mundial y detrás, vigilante, iba el general José Villarreal: cuidado mi general, cuidado, y Videla lo calmó: no, no sucede nada, general, esta gente me quiere, como le dijo el Patriarca en su otoño al teniente aquel que impedía al pueblo acercarse. Eso es la democracia dirigida a través del fútbol y ya nadie dudará que el fútbol es motivo de acercamiento entre el poder, cualquiera que sea, y el pueblo, y explica los motivos que impulsaron a Videla hacia la organización del Mundial 78 que, ya es posible decirlo, se deslizó en medio del frenesí que jamás se detuvo a pensar en que existen los Montoneros. El gemido será a la hora de hacer números, cuando se sepa que costó tanto y debemos tanto y piense usted, ministro de Hacienda, cómo lo pagaremos.

UNO | MAS | UNO

Idi Amín invita a vacacionar a la selección de Argentina

LONDRES, 27 de junio (EFE). — Satisfechísimo porque, al proclamarse Argentina Campeón Mundial de Fútbol, tanto él como su hijo Mwanga ganaron la apuesta que habían hecho, el presidente de Uganda, Idi Amín, cursó una invitación al equipo triunfador para pasar un par de semanas en su país.

La invitación, según se supo el martes en Londres, fue enviada al equipo argentino en un mensaje dirigido por Idi Amín al presidente argentino, Jorge Videla.

Amín se muestra felicísimo porque los ar-

gentinos ganaron la Copa Mundial, ya que "tanto mi hijo Mwanga como yo hablamos apostado en favor del equipo de su país", dice Amín a Jorge Videla.

El presidente ugandés señala también en el mensaje el placer que tanto él como su pueblo sentirán si los jugadores argentinos aceptan trasladarse como huéspedes a su país.

Se ignora si ha habido aceptación o si quiera contestación al inesperado mensaje de Idi Amín.